

PQ 7519

03

56

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PENSANDO EN RUBÉN DARÍO



Cinco días hace que por el laberinto de la memoria me asaltan, vivos unos y completos, otros desfallecidos y mutilados, éste grácil, ése brillante y raro, aquél misterioso y profundo, los versos que leí siempre con avidez, que releí con delectación, que aprendí con entusiasmo, que estudié con respeto. Viene una estrofa y con ella un olvidado fragmento de mi vida; pasa una imagen que, al sacudir las alas, salpica de rocío de recuerdos la aridez de mi espíritu; se acerca el ritmo extraño de una estancia, y en su recóndita sonoridad percibo la música de mis suspiros juveniles. ¿Quién, por más encallecido y duro que se le haya puesto el corazón, no siente alguna vez que un canto, un perfume, un color, una palabra que recogieron los sentidos inesperadamen-

te, despiertan muchas cosas dormidas en el fondo de la conciencia, y que por remotas, por abandonadas, se creyeron muertas en la *vía crucis* del olvido?

Tal acaba de sucederme: una noticia fúnebre removió el arcón de mis añoranzas, en el cual mi curiosidad sentimental anduvo removiendo la guñapería literaria; y, buscando, buscando, he aquí que entre los rasos chillantes, las bordaduras amarillentas y los terciopelos chafados de los versos, encuentro telas diáfanas de poesía: las desdoblo, las miro, las admiro, y siento que están impregnadas de aromas de antaño, de mirras de ilusión, de fragantes líquenes de alegría y ensueño. Ahora comprendo la sutil y melancólica verdad que, como en minúscula caja de oro afiligranado, encerró el Rabbí de Carrión en la arcaica copla:

Cuando es ida la rosa,
que ya el verano sale,
queda el agua olorosa
rosada que más vale.

Ya para mí salió el verano; ya es ida la rosa; pero me ha quedado en el hueco de la mano el agua olo-

rosa de los recuerdos, y en ella baño mis pensamientos como en linfas lustrales, y, a semejanza de todos los hombres, sonrío ante las fugitivas visiones de los días que fueron.

* * *

En una redacción de periódico, al caer de la tarde, nos dábamos cita dos o tres amigos para charlar de literatura, de arte, de mujeres bonitas y del último escándalo social. Entre murmuración y murmuración, entre pitillo y pitillo, entre chiste y chiste, se comentaba un libro, se leía en alta voz, se discutía en voz más alta aún, y se cambiaban impresiones sobre la ópera, sobre el drama, sobre la comedia representada o vivida. Los muchachos de aquella época — ¡ha llovido desde entonces! — teníamos en México un fervor casi frenético por las letras. Era la nuestra más que ocupación, más que inclinación: era vocación, consagración, devoción. Y no sólo en mi país, en muchos del Continente

parecía suceder lo mismo. La América española comenzaba a experimentar un ansia de producción que se asemejaba a una fiebre de crecimiento. La tendencia resultaba francamente revolucionaria, decididamente renovadora. Veinticinco años han pasado ya. Vivía Julián del Casal.

Una de esas tardes, mientras, de bruces sobre la mesa quintañona, pergeñaba yo el articulejo cotidiano, oí los pasos de mis compañeros que venían, no como era de costumbre, alborotando con sus gritos la casa, sino con pausado caminar. Se percibían el ruido lento de las pisadas en los peldaños de la escalera, y una voz única que hablaba rítmicamente. Levanté la cabeza. Entraron ellos. Manuel Gutiérrez Nájera, rodeado de tres o cuatro amigos, andaba y al mismo tiempo leía un volumen abierto delante de sus ojos. El «Duque Job» tenía un marcado vicio de pronunciación: tartamudeaba. Pero su acento, bien timbrado, la suave inflexión de sus entonaciones, poseían la secreta virtud de la emoción y la simpatía. Versos eran los que recitaba el poeta, versos fáciles y sedefios de una elegancia fina, de una sonoridad intensa y aristocrática como

de clavicordio antiguo; era un canto columbino de inefable y nueva ternura. La paloma decía:

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo.

Oyendo aquella fábula armoniosa, en la que los vocablos mecidos por un ritmo apacible sonaban como flores de cristal que estuviese balanceando el céfiro; escuchando aquella silva primorosa hecha con arrullos de torcaz en celo, quedáronse mis veinte años embelesados, como Schariar con los cuentos de Scherezada.

Al concluir la lectura, en el gris verde de los ojos de Gutiérrez Nájera resplandecía el contento. De ahí en adelante no nos separamos hasta haber paladeado la última gota del vaso de poesía, al cual acercamos las bocas sedientas. No sentimos correr las horas. Nos despedimos a media noche. Mis pensamientos seguían batiendo jubilosamente las alas. Presentían el salto del sol en los pálidos carmines del Oriente. Un libro y un poeta me anuncia-

ban el día. El libro evocaba la visión del cielo: se llamaba *Azul*.

El poeta tenía un nombre que, como lo dijo don Juan Valera, sugería con su extraña mezcla judaica y pérsica nebulosas fantasmagorías históricas: se llamaba Rubén Darío.

* * *

Existencia azarosa, atormentada, desenfadada, inquieta, la de este gran cantor. Siempre me interesó y siempre la perseguí con minuciosas indagaciones. Los artistas Contreras, Guerra y Zárraga me narraban, anecdótica y fragmentariamente, la vida parisiense de Rubén Darío. El pintor Ramos Martínez me describía la excursión a las Canarias en busca de salud y reposo. Y Amado Nervo, que tiene corazón de santo y paciencia de benedictino, me ilustraba con suaves acuarelas la crónica deliciosa de su amistad con aquel intranquilo y luminoso espíritu.

Rubén Darío cruzó por el mundo como Pulgariello por el bosque: persiguiendo, y seguro de darle

alcance, la remota lucecita del Ensueño. Este hombre, cuya vida interior fué tan intensa y tan perfecta, no supo orientar ni perfeccionar su vida exterior. Era un niño caprichoso, inexperto, y que, a fuerza de avivar sus internos resplandores, quedaba deslumbrado y sin distinguir con precisión la realidad. Porque él sabía ver, con mirada muy penetrante, la naturaleza y la belleza; él sabía encontrar el sonido invocado y profundo; él sabía reproducir la maravilla del color y dar a las voces la inmensidad de horizonte del símbolo y sacar las escondidas perlas del llanto de los mares del alma. Él mismo se reconoce sensible, sensitivo, sentimental. Lo que tal vez no vió ni encontró Rubén Darío fué el aspecto positivo de las relaciones entre la sociedad y el individuo. Era un poeta altísimo, y su talla espiritual le hacía mirar pequeñas y despreciables e inútiles las ataduras con que la sociedad nos amarra al mástil del deber. Por eso las rompió, y desde la orilla de la proa tendió las manos anhelantes a las sirenas que le cantaban. Era un inadapado, un irregular. Su sentido moral, quizá torcido, pero superior, estaba más allá del bien y del mal.

Iba, con sus errores, tropezando e hiriéndose; pero llevaba en alto el brazo y empuñaba la antorcha de su genio, que le alumbraba y esclarecía las tinieblas lejanas. Se amurallaba en su ensimismamiento y, como un señor feudal, sólo tendía el puente levadizo para que lo visitaran los caballeros del ideal.

Así lo vi a través de las confidencias; así quiero verlo siempre, malherido y doliente, huraño y piadoso, raro y noble.

La veste de su musa era blanca como la de Beatriz; el fango de la senda la había manchado; pero tocada de la celestial radiación del Arte, fulgía como estrella cada salpicadura.

Así lo quiero ver, así lo veré en sus versos maravillosos, en sus prosas magníficas: una inmortal melancolía que mira de hito en hito el universo de las cosas bellas, y que de cuando en cuando vierte el aljófara de una lágrima para que no se marchite jamás la flor divina de la sonrisa.

* * *

Muy en breve debo escribir mis impresiones, diré mejor, las emociones de mis viajes fantásticos por la extensa comarca poética de este soberano de las letras. He paseado largamente por los jardines sonoros de las *Prosas profanas*, de los *Cantos de vida y esperanza*, del *Canto errante*, y he cortado una rosa de la Pompadour, he besado un lirio de la princesa triste y he recogido devotamente el botón de oro de la margarita deshojada, por una muchacha histérica, «en una noche alegre que nunca volverá».

El maestro de la moderna lírica castellana, el audaz capitán que se partió a explorar las tierras vírgenes del Arte, y que, a semejanza de los conquistadores de Heredia, contempló en cielos desconocidos nuevas constelaciones, necesita ser estudiado, analizado, glorificado en su obra, que tuvo el poder milagroso de renovar y ampliar por modo impercedero el reino de la literatura española. La crítica de Rodó y la de González Blanco, siendo definitivas, podrían completarse con observaciones personales.

Entretanto preparo el cordial homenaje de mi

admiración, me complace que el brillante cortejo de las estrofas pulidas y extrañas recorra, llenándome de añoradas músicas, el laberinto de la memoria.

LUIS G. URBINA.

Habana, 1916.

RESPONSO PAGANO



Ante la huesa recién cerrada
de Rubén Darío.

La prosa de la existencia inquieta ha devorado a un hombre que, por haber nacido bajo el pleno y amoroso patrocinio de Apolo, parecía destinado a alcanzar las cumbres de aquella noble, suave, risueña serenidad con que el poeta viejo contempla lo que deja tras de sí y saborea en vida los primeros juicios de la posteridad. Rubén Darío ha jugado con la vida como jugaba con la rima y el ritmo en sus caprichos malabarescos; y la vida — que empieza por tolerarnos todo y concluye por no perdonarnos nada— se ha vengado del que la atropellaba sin reparos, jinete en un corcel de luminosas crenchas y sonoro resoplar, que si no era el mismo Pe-

gaso, por palafrén digno de un rey de la poesía española le tuvimos en ambos hemisferios del planeta.

Las espinas han podido más que las rosas en las sienas de Rubén Darío, y los Caballeros de la Quimera se han quedado sin un egregio paladín. Es fama entre estos soñadores que al hacer el poeta, el artista, el sembrador de ideas, el evocador de imágenes, su entrada triunfal en los campos de perenne reposo que se extienden más allá de la laguna Estigia, le acompañan en fantástico cortejo las múltiples figuras y representaciones de cuanto amó, creó, cantó, inspiró e infundió también en los demás, durante su paso por la tierra.

Si esto es como lo tengo aprendido en mis desordenadas lecciones con los Caballeros de la Quimera, juro al Pindo que la entrada de Rubén en «el centro de las almas» dejará maravillados a todos los inmortales, por muy hechos que estén a ver séquitos raros y heterogéneas cabalgatas.

¡Lo que gozará con tal espectáculo Víctor Hugo, el amador y forjador de las grandes antítesis! Porque, ¿cómo dudarle?, este semidió del Parnaso

moderno será de los primeros en salir a dar la bienvenida a quien fué rendido devoto de su numen. Víctor Hugo le ofrecerá en copa de oro el néctar de los dioses; no sin que este sumo agasajo provoque un irónico mohín en la cara socrática de Pablo Verlaine y en el semblante alucinado de Edgardo Poe.

— ¡Si fuera ajeno! — murmurará el autor de las *Fiestas galantes*.

— ¡Si fuera whisky! — susurrará el poeta de *El Cuervo*.

Andrés Bello ofrecerá a Rubén Darío el laurel clásico que regaron las aguas de Hipocrene. Don Alonso de Ercilla, la refulgente espada con que saludó, más que combatió, a los valerosos indios de Arauco. Sendas guirnaldas de flores tropicales le brindarán los dos Heredias: el que cantó en castellano la grandeza del Niágara y el que ensalzó en francés a los conquistadores. ¿Cómo enumerar a todos los ascendientes y hermanos del poeta? Al frente del tropel hispánico irá D. Luis de Góngora.

— Venid acá — dirá el cordobés al americano —; venid y dadme los brazos, hijo mío.

Y empezará el desfile del cortejo. ¡Singular, peregrino, tumultuoso y asombroso cortejo capitaneado por el Genio y la Incoherencia!

Junto a las flautas de oro de los efebos délficos, los clarines estridentes de Pizarro y las dolientes chirimías de Atahualpa; junto a los violines que acompañaron las gavotas de Versalles y Aranjuez, el palmoteo brutal de las «juergas» madrileñas y sevillanas; en pos de las nueve Musas, una caterva de mozas vocingleras, entre las cuales se verá a la Gananciosa y a la Cariharta del patio de Monipodio revueltas con la «Grille d'Egout» y la «Casque d'Or», haciendo cabriolas cancanescas. ¡Toda la lira de la Poesía y toda la zambomba de la bacanal!

El poeta vendrá asentado en el mismo carro de oro, tirado por tigres que el Genio domó, en que el divino Baco hizo su viaje triunfal a la India. Detrás del carro, las tres Gracias lanzando rosas y jazmines sobre el poeta. Y en pos de las tres Gracias, los siete Pecados Capitales con el acoso de sus voces roncadas.

Princesitas tristes, princesitas rubias, princesitas

lejanas, deshojando las flores de la Ilusión y el Desengaño; caballeros velazqueños atusándose el bigote; penitentes y encapuchados entonando el *mea culpa* del arrepentimiento; Cyrano de Bergerac dando el brazo a Agustín de Rojas; tilingos de Buenos Aires leyendo a Rubén en *La Nación* y trasnochadores de Montmartre brindándole la «última» botella de Champaña; ruiseñores del Generalife, y tras de ellos las urracas de la crítica cicatera; cisnes arrogantes, los cisnes que adoró el poeta, y en pos de su cohorte majestuosa, otra de gansos, los gansos que remedan ridículamente a los cisnes del excelso cantor.

Así como en los triunfos de los Césares y caudillos romanos no faltaba el voceador de improperios, a fin de que los vítores y loores no desvaneciesen al triunfador, tampoco faltará en el glorioso cuanto abigarrado séquito de Rubén Darío la ralea servil de sus imitadores, de estos que no han sabido imitarle más que en sus licencias caprichosas, en sus escapatorias a la turba región de la extravagancia, sin acertar a iluminar la imitación simiesca con un solo rayo de aquel numen que hoy,

depurado por el Dolor y por la Muerte, entra en la definitiva y soberana esfera de la Gloria.

Tus hados, ¡oh Rubén!, han querido que dejases esta azarosa vida terrenal en el mismo año que conmemora secularmente la muerte de Cervantes y la de Shakespeare. Tus hados, ¡oh inolvidable amigo de toda mi amistad, oh poeta digno de haber logrado mayor y más serena fortuna en esta vida!, han dispuesto que entrases en la región de los tuyos como entraron los padres de Hamlet y de Falstaff, de Don Quijote y Sancho: con el tumultuoso cortejo, ya sublime, ya prosaico, que acompaña a todas las grandezas y todas las flaquezas de esta Humanidad que ha tenido en ti admirable y envidiada, divertida y dolorida representación.

Siendo muy hombre, te acercaste a los dioses. Ellos darán a tu sombra y a tu fama la paz inmarcesible que no lograron tu espíritu y tu cuerpo en sus turbulentas andanzas por este valle donde una vislumbre de gusto y risa se paga con un raudal de lágrimas y penas.

MARIANO DE CAVIA.

Madrid, 1916.

APRECIACIÓN



Un día, como alguien hiciera notar a Rubén Darío la maldad escondida entre algunas frases mías sobre un poema suyo, murmuró, según parece:

—Lo que me consuela es que él sabe mejor que nadie cuán injusto es eso.

Y, a fe de hombre honrado, mi gran amigo tenía razón. Porque si hay alguien en el mundo que admira su obra, que admira su esfuerzo y que admira su vida, soy yo. No tengo más que evocar las primeras sensaciones de mi vida literaria, para sentir, en el acto, todo lo que al autor de *Azul* le debe mi alma. Él mismo ha contado, en más de una ocasión, cómo nos conocimos. Fué allá, en nuestra Tierra Tropical, cuando el colegio acababa apenas de abríme sus puertas odiosas. Él era ya célebre.

Cubierto de laureles, volvía de países más hospitalarios que el suyo propio, para dar a la juventud centroamericana la magnífica lección de su independencia y de su riqueza intelectual. Don Juan Valera lo había consagrado. América toda lo consideraba como el más joven, como el más grande de sus maestros. Y los adolescentes iban a él, llenos de entusiasmos, para ofrecerle sus primicias. «Entre los que primero llamaron a mi puerta — ha podido escribir — hallábase un chico de ojos soñadores y de labios sensuales.» El recibimiento que aquel chico tuvo, los cronistas lo conocen. Mas lo que el mismo Rubén ignora, es que antes de llamar a su puerta, la mano en apariencia firme había temblado, como la de Heine al levantar el aldabón de la casa de Goethe, como la de Gautier al tirar de la campanilla del cuarto de Hugo... ¡Ah!, ¡son cosas éstas que todos dejamos para las memorias o para los artículos necrológicos! Pero ya que una verdadera inmortalidad lo ha convertido en un ser excepcional, de esos que pueden saborear en vida los anticipos de la eternidad, nada me es tan grato como escribir, aprovechando su ausencia, en esta

página que él se ha reservado para sus íntimas devociones, las líneas que los escritores guardamos en general para los entierros.

¡Rubén Darío!... Yo no sé lo que tal nombre significa para los literatos que ahora comienzan a dar cuerpo a sus visiones, pero estoy seguro de que hace veinte años, cuando los adolescentes de mi generación oían esas sílabas sonoras y raras, que parecen haber sido creadas de intento para la celebridad, algo de profundamente grave agitaba nuestras almas. El único libro que entonces había publicado el gran poeta, era el legendario *Azul*, que no tiene ni la profundidad, ni la intensidad, ni la serenidad de obras suyas posteriores, y que, sin embargo, nos hacía ya entrever los maravillosos horizontes en los cuales, más tarde, ha abierto sus alas la musa castellana. Al lado del joven maestro, en aquel entonces, otros bellos poetas cantaban. En México hallábase, en plena fuerza de producción, Gutiérrez Nájera, y en Cuba agonizaba, como un dios condenado a todos los dolores, Julián del Casal. Luego, dispersas, oíanse en el vasto Continente las voces de José Martí, profesor de lirismo;

de Pérez Bonalde, descubridor de mundos raros; de Domingo Estrada, despertador de almas; de Francisco Gavidia, escrutador de arcanos. Ninguno de estos seres superiores ni de otros cuyos nombres olvido, ejercían, empero, en nuestros círculos el poder mágico del cantor de *Azul*. ¿Por qué?... Nadie, a la sazón, hubiera podido decirlo a punto fijo. Nadie sabía sino una cosa, y es, que en aquel tomito impreso en Chile y en el que veinte países veían un breviario, había una riqueza inagotable de imágenes, de ritmos y de novedades. Mas ahora, considerando mejor aún que la obra la personalidad del gran poeta, comprendemos que si su influencia era mayor que las demás, es porque su genio era el único que compendia todas las aspiraciones ideales de un universo ávido de independencia espiritual y de perfección artística. Lo que nuestra generación, cansada de la solemnidad clásica, había entrevisto en el relampagueo de cien genios incompletos, el nuevo apóstol nos lo ofrecía completo y compacto, en un haz luminoso.

Aquella magnífica lección salvadora era la que, confusamente oída e instintivamente comprendi-

da, nos hacía a todos nosotros vasallos del joven maestro.

Y cuando digo todos nosotros, no empleo una fórmula vaga. Aun los que menos parecen deberle, le deben, entre los hombres de mi generación, gran parte del tesoro que poseen. Así, por ejemplo... ¡Pero es tan penoso hablar de sí mismol... Rubén Darío ha contado cómo, habiéndome encontrado en camino de Madrid, pudo hacerme torcer el rumbo hacia París. «Yo le di su patria ideal», dice. En realidad, algo más me dió, algo que, ingratamente, he olvidado más de una vez, y que es el fondo mismo de mi alma. A él le debo, en efecto, la primera lección fecunda de belleza. Él me enseñó a comprender que hay en el saber escribir algo que es más que saber, y algo que es más que escribir. Al salir de los libros clásicos, al escaparme de la retórica, *Azul* fué el evangelio que me hizo sentir que, por encima de todo, el Arte es una religión.

E. GÓMEZ CARRILLO.